



MERIDIANO – Revista de Geografía. número 1. 2012 – versión digital.

<http://www.revistameridiano.org/>

DIEZ AÑOS DE GOBIERNOS KIRCHNERISTAS: elementos para un balance de la economía argentina durante el período reciente

Esteban Mercatante*

Resumen

Este trabajo busca definir los principales elementos que crearon las posibilidades para las altas tasas de crecimiento de la economía argentina durante la última década. Analizamos en qué medida el mismo se dio de la mano de cambios en el patrón de crecimiento respecto del período previo. También analizamos en qué medida se produjo un cambio que revirtiera los principales efectos estructurales que habían tenido las políticas neoliberales. Finalmente, caracterizamos cuáles es el contenido de clase de las medidas de intervencionismo estatal del gobierno argentino, y discutimos la necesidad de que la clase trabajadora pueda desarrollar una política independiente.

Palabras clave: Crecimiento Económico; Acumulación de Capital; Desarrollo; Estatismo; Dependencia.

Abstract

This paper focuses on defining the main elements that created the possibilities for sustained high rates of economic growth in Argentina during the last decade. We analyze to what extent this performance was accompanied by significant changes in the pattern of growth in relation to the previous period. We also analyze whether it is possible to find important structural transformations in the country's economy that reversed the effects of neoliberal policies or not. Finally, we portray the class content of the state interventionist policies of Argentinean

* Instituto del Pensamiento Socialista Karl Marx.

government, and focus on the importance for the working class to develop an independent policy.

Key words: Economic Growth; Capital Accumulation; Development; Statism; Dependence.

Introducción

Desde fines de 2002 hasta la actualidad la Argentina registró unos de los períodos de crecimiento más duraderos de su historia económica con tasas de crecimiento sin precedentes, sólo interrumpido por un breve lapso debido al impacto de la crisis de 2008.

Hay quienes plantean que habría un nuevo patrón de crecimiento, apelando ya sea a una combinación de cambios estructurales (un superávit sin precedentes en la balanza de pagos basada centralmente en el aumento de las exportaciones de *commodities* agrarias) y condiciones macroeconómicas favorables (ajuste del tipo de cambio, “desendeudamiento”¹), o al impacto de políticas más favorables al crecimiento.

El objetivo de este trabajo es hacer un balance de los aspectos más salientes de lo que ha dado en llamarse el “modelo K”. Si los principales motores del crecimiento reciente coinciden con los que se figuran –al menos discursivamente- los defensores del “modelo”, y en qué medida puede hablarse de un quiebre con lo que han sido las tendencias de las registradas previamente. Analizaremos las distintas dificultades que se vienen expresando, y trataremos de caracterizar cual es el contenido social de los aspectos intervencionistas de la política económica que a partir de 2006 comenzaron a aplicarse en distintos sectores, y vienen cobrando un peso creciente. Finalmente, discutiremos qué desafíos se desprenden para que la clase trabajadora pueda ofrecer una respuesta política propia para los grandes problemas nacionales y las cuestiones que más aquejan al pueblo pobre.

1. Los pilares del crecimiento económico

El elevado crecimiento económico de la última década – con una breve recesión entre octubre de 2008 y octubre de 2009 – se vio favorecido por el elevado crecimiento de la economía global que benefició a las exportaciones del país, y por un cambio en las

¹ Nombre pretencioso para designar una política de generoso pago de la deuda pública, que se puso en marcha a partir de la renegociación de 2005.

condiciones macroeconómicas luego de la devaluación de febrero de 2002, que puso fin a una década de tipo de cambio fijo entre el peso y el dólar, con paridad “1 a 1”.

Estas condiciones permitieron el surgimiento de cuatro puntos fuertes que se conjugaron durante buena parte del período iniciado en 2002: elevada rentabilidad, superávit comercial y superávit fiscal, peso depreciado.

Se trata de aspectos íntimamente relacionados: la megadevaluación de 2002 fue la base para conseguir tanto la mejora en la rentabilidad como realizar el ajuste fiscal. En términos reales, el Tipo de Cambio Real Multilateral (TCRM) llegó a depreciarse un 275% para octubre de 2002 respecto del nivel que tenía en diciembre de 2001. Aunque esto creó en lo inmediato numerosos problemas con los contratos y deudas en dólares, los empresarios lograron transferir buena parte de los costos al resto de la sociedad. Aún en quiebra, el Estado sumó pasivos por más de \$ 40 mil millones, a lo cual se sumó la política de liquidez a los bancos a través de redescuentos (más de \$21 mil millones). Gracias a esto, con el nuevo contexto macroeconómico que creó la nueva paridad cambiaria, la ecuación de competitividad benefició especialmente a los productores de mercancías transables (es decir los bienes sometidos a la competencia extranjera, ya sea que se vendan en el mercado interno o se exporten).

La devaluación produjo una mejora en la participación de las ganancias en el ingreso en detrimento de los asalariados. Los precios subieron casi un 30% durante 2002, pero gracias a la elevada desocupación, el peso de cuatro años de recesión y el apoyo del sindicalismo peronista a la devaluación, la clase trabajadora acusó el golpe de la pérdida de poder adquisitivo sin lanzar ningún reclamo de recomposición salarial. Como resultado, la devaluación de la moneda provocó una reducción del costo salarial, del 43,7% entre 2001 y 2002 (medido en precios constantes), elevando la participación de los beneficios en el ingreso nacional. Esta severa caída del poder adquisitivo sólo a partir de 2006 mostraría una cierta recuperación limitada a algunos sectores de los trabajadores registrados. Esto creó condiciones favorables para las exportaciones, a la vez que el deterioro económico de la recesión de 1998-2002 – primero – y el ajuste del tipo de cambio – después – impulsaron una fuerte reducción de las importaciones.

La inflación ayudó también al formidable ajuste fiscal durante el año 2002. Al momento del colapso de la convertibilidad, en diciembre de 2001, el déficit fiscal equivalía al 3,2% del PIB. En los años siguientes este cuadro se invertiría, y el Estado nacional pasaría a ostentar una posición de holgura inusitada.

En 2002 el gasto público se redujo en términos nominales el 5%. Por el aumento de

precios que siguió a la devaluación, esto significaría una caída en términos reales del 37%. Con todas las partidas congeladas en 2002 en los montos presupuestados antes de la salida de la convertibilidad, la situación fiscal dará un giro brusco, de la bancarrota y el déficit crónico, a un fuerte superávit; esto incluso con la implementación de millones de planes Jefas y Jefes de Hogar.

En este shock (y en el default declarado en diciembre de 2001 que hizo que hasta 2005 casi no se debiera pagar deuda pública) se encuentran las raíces del superávit fiscal que se mantendrá hasta 2007 (aunque mediante distintos maquillajes el gobierno logre mostrar resultados positivos hasta la actualidad). Para 2002, el superávit fiscal sería del 2% del PIB, e iría en aumento durante los años siguientes hasta alcanzar un pico en 2004 del 5% del PIB. Esta capacidad de administrar recursos fiscales irá adquiriendo con el tiempo un rol central para el kirchnerismo, para arbitrar entre los sectores sociales, garantizar la disciplina política, cooptar movimientos sociales, algo que podríamos caracterizar como un bonapartismo fiscal o de caja.

El cambio de contexto macroeconómico también contribuyó a cambiar el signo del saldo externo respecto de lo que había sido la convertibilidad. Ahora pasa a ser altamente positivo. La moneda depreciada contribuyó, mejorando ligeramente las condiciones para la exportación, y actuando como límite para las importaciones. Sin embargo, el factor fundamental para la mejora del balance comercial fueron los altos precios de los commodities, especialmente de la soja. Gracias a esta mejora de los precios, el valor de la cosecha mantuvo una tendencia creciente durante todo el período, sólo afectada en algunos años (2008/09, 2011/12) por la sequía.

El superávit comercial, el default de la deuda que sacó del panorama el problema de los pagos de deuda y capital hasta 2005, y posteriormente la renegociación de la deuda invirtieron las tendencias históricas en el frente externo. Una holgura inusitada, basa en un fuerte superávit comercial (de la mano del superávit fiscal), hizo que la economía argentina no soportara durante esta década ni las dificultades financieras recurrentes desde los '80, ni una restricción externa como las vividas durante lo que se llamó la ISI. Nuevamente, acá jugó un rol clave el default de la deuda. Y, posteriormente, la renegociación y el aumento de la deuda en pesos.

Hasta el año 2008, estas condiciones permitieron un sostenido crecimiento de las reservas en dólares del BCRA. A partir de entonces la profundización de la fuga de capitales y un mayor uso de reservas para pagar deuda no lo permitió (salvo ligeramente en 2009), pero

la situación se mantuvo inusitadamente holgada para la historia económica argentina, hasta el año 2011.

2. ¿Viento de cola vs. empuje local?

Entre los voceros del establishment más ultraliberal y las espadas oficiales, se viene desarrollando una polémica en la que, a fuerza de decir verdades parciales, ambas partes soslayan aspectos clave. Los primeros buscan erosionar todo mérito que los segundos atribuyen a la política del gobierno, señalando que el crecimiento está asociado a una buena coyuntura internacional para la Argentina, y que en realidad el gobierno no está aprovechándola plenamente por sus políticas “antimercado”. Los segundos, buscan probar que el mérito central en el crecimiento sostenido de estos años, se basa en la política oficial que sería impulsora de un “crecimiento con equidad”.

Ninguna de estas posturas articula los elementos que han motorizado el crecimiento desde 2003 en adelante. Estos mostrarían que el empuje externo, aunque importante, no puede explicar por sí mismo el sostenido ritmo de crecimiento de estos años. Y también, que el “viento propio” que reivindican las plumas oficialistas, no tiene su puntal en las políticas de demanda agregada basadas en salarios y gasto público.

El fuerte crecimiento pos convertibilidad tiene su base en la fuerte recuperación de la rentabilidad empresaria lograda con la devaluación, que ya hemos señalado. Algunos autores rechazan este planteo, apoyados en la amplia bibliografía que se ha elaborado sobre los efectos recesivos de las devaluaciones, y también en el hecho de que el primer impacto pos devaluación fue una profundización de la caída económica. Sin embargo, dan la espalda a las particularidades que tuvo esta devaluación en relación con otras que ocurrieron en la historia argentina, vinculadas a la posibilidad de trasladar enteramente los costos a los asalariados. Paralelamente, fue clave el saneamiento de los balances empresarios gracias a la pesificación asimétrica.

Contra estos planteos, los apologistas del “modelo” K, hacen hincapié en las políticas de demanda agregada como elemento explicativo del crecimiento vigoroso. De esta forma se habría logrado “el impulso sobre la demanda agregada para que se pusiera en marcha el círculo virtuoso de empleo-salarios-ventas-inversión-empleo”². Sin embargo esto no se ajusta

² Heyn et. al., 2010.

a los hechos. El poder adquisitivo de los asalariados se vio severamente golpeado por la devaluación. La implementación masiva de planes de empleo que se dio durante ese año, no alcanzó pese a su significación para compensar la pérdida soportada por los asalariados.

Cierto es que, primero Duhalde y luego Kirchner, impulsaron previamente, desde 2002, la inclusión de algunas sumas no remunerativas en los salarios pagados. Pero la magnitud de las mismas no puede considerarse que haya tenido un impacto significativo en la demanda agregada. Estas sumas no cambiaron lo que con una mirada más amplia seguía siendo una tendencia descendente en el poder adquisitivo: en términos reales, el promedio salarial con las sumas no remunerativas estaba un 20% por debajo de los niveles pre devaluación. Más significativo, en términos de demanda, resultó el crecimiento de la masa salarial producto del crecimiento del empleo; pero esto se produce *después* de que las nuevas condiciones alimentaran la actividad económica, y no es un motor autónomo de la misma.

¿Cuál es entonces la fuerza dinámica de este cambio? Son dos, la mejora en la competitividad y exportaciones, y el formidable cambio en la ecuación de rentabilidad.

Esto parece verse confirmado por la secuencia: primero es el crecimiento de las exportaciones lo que impulsa la recuperación, durante 2002. En un segundo momento, se dispara un consumo centrado en sectores de mayores recursos, apoyado en el crecimiento del empleo que se empieza a dar producto de estas nuevas condiciones, y desde fines de 2003 empieza a aumentar la inversión. El consumo masivo empieza a mostrar un crecimiento más fuerte recién a partir de 2004.

Sintetizando, entonces, la “caja negra” del crecimiento argentino, como alguna vez la definió el hoy viceministro, es la elevada rentabilidad. Esto es consistente con la centralidad asignada a la ganancia como motor de la producción, no sólo por los marxistas, sino también por kaleckianos, sraffianos, etc. La perspectiva de rentabilidad dispara las decisiones de producción, lo cual significa desembolsos en contratar fuerza de trabajo y adquirir materias primas y medios de producción, lo cual a su vez repercute en un aumento de la demanda de bienes de consumo, produciendo efectos multiplicadores. La posibilidad de esta dinámica estaba ayudada además por los bajos niveles de utilización de la capacidad instalada. La recuperación de la rentabilidad empresarial, empalmado con una situación externa favorable, disparó un “círculo virtuoso” que más bien tuvo la forma de: *mejora de la rentabilidad-desembolsos en capital circulante (salarios y materias primas e insumos) y capital fijo-ventas-nuevos desembolsos en capital*. Sólo con la recuperación bien asentada, en el año 2004, empezaría a sentirse una recuperación salarial. Como se puede observar, los años de fuerte recuperación del empleo se dan hasta 2006, momento en el que recién algunos sectores

de los trabajadores privados registrados empezaban a acercarse a los niveles de remuneración que tenían en 2001.

Sin duda, a partir de 2006, se registran numerosos cambios vinculados a una mayor participación estatal en la economía, otorgando subsidios y actuando como sostén de la demanda agregada. Pero estas iniciativas están centralmente orientadas a una búsqueda de contener el agotamiento del esquema – que ya pasaremos a analizar- evitando reformularlo, y se han adaptado al hecho de que las condiciones que otorgaron dinamismo a la economía argentina son el avance sobre las condiciones de trabajo y la demanda externa. El aumento de los salarios redujo los márgenes de rentabilidad – aunque éstos se mantuvieron hasta el momento por encima de los de la década previa – y el gobierno ha instrumentado distintas políticas para compensar estos efectos: por un lado, ha implementado numerosos subsidios que solventan una porción no desdeñable de los ingresos empresarios. Por otro lado, aumentando los ingresos a través de distintas políticas, mantiene el consumo en niveles altos, buscando compensar con estas políticas de demanda las restricciones que empiezan a manifestarse para el crecimiento.

Sin embargo, a pesar de todas las loas cantadas por los sectores “progres” a la iniciativa estatal en la economía, que bajo lemas como “crecimiento con equidad” soslayan que los grandes beneficiarios de esta intervención son los empresarios, se topa, incluso desde el punto de vista burgués, con un fuerte límite: no puede operar como vía para el crecimiento por sí misma, ni ser la fuente impulsora de la inversión empresarial, única fuente para sostener el crecimiento capitalista a mediano plazo.

3. ¿Cambios estructurales?

3.1. ¿El fin de la restricción externa?

Un terreno donde el panorama de la economía argentina registró un cambio significativo respecto de las décadas precedentes, es el del comercio exterior. A diferencia del desempeño comercial mostrado en décadas previas, todo el período posconvertibilidad ha estado marcado por un sostenido superávit comercial, y varios problemas históricos salieron al menos del panorama de las preocupaciones más inmediatas. La salida de la convertibilidad se dio en un momento de fuerte recuperación de la economía global, luego de la seguidilla de crisis de fin de milenio que culminarían con el desinfe de la burbuja de las acciones de las

empresas de alta tecnología del NASDAQ y una breve recesión global durante 2001. A partir de ese momento las inversiones de las grandes multinacionales en China, India y otros países, y el *boom* inmobiliario y de consumo a crédito en EEUU darían lugar a algo más de un lustro de fuerte crecimiento, hasta mediados de 2008. EEUU siguió siendo el gran consumidor “en última instancia” de la producción mundial, pero un rasgo novedoso de la primera década del nuevo milenio fue el fuerte crecimiento de China y otros países asiáticos -varios de ellos en fuerte recuperación luego de la crisis asiática de 1997 – que dio lugar a un vigoroso aumento de la demanda global en rubros como los alimentos.

Una parte significativa de la canasta exportadora del país está compuesta por productos que tuvieron una evolución de precios muy positiva durante este período y, a su vez, algunos de los principales mercados a los que se dirigen han sido los que mostraron una expansión más dinámica. Por eso, el firme crecimiento global resultó muy favorable para la Argentina, especialmente en la exportación de *commodities* agrarios. Durante la última década, la demanda de granos se mantuvo en constante ascenso, y aunque los movimientos de los precios registraron altibajos, se movieron en un piso muy superior al que habían tenía en el período precedente. Bajo estas condiciones, las exportaciones agrarias del país se duplicarían en pocos años, con un fuerte crecimiento de las cantidades, pero mucho más aún de los precios. El nuevo contexto macroeconómico también favorecería a algunas exportaciones llamadas no tradicionales, dentro del rubro de Manufacturas de Origen Industrial (MOI).

Este mejor desempeño exportador repercutió en un fuerte aumento en la participación del comercio exterior en los agregados macroeconómicos: tanto las importaciones como las exportaciones tienen valores en relación al producto muy elevados en comparación con los niveles registrados históricamente. Para el año 2007, las exportaciones alcanzaron un pico de participación en el PIB de 24,6% (actualmente rondan el 21%). El coeficiente de apertura (el promedio de la suma de importaciones e importaciones sobre PIB) pasó del 11% para el período 1996-1998 a 22% en 2006, y seguiría creciendo para alcanzar un pico a fines de 2007 rondando el 27%.

Este mejor desempeño exportador alimentó la idea de que la economía argentina podría finalmente superar la que era considerada por muchos la principal limitación para alcanzar el desarrollo económico: la *restricción externa*. Para pensar la evolución futura del balance comercial, y con él del conjunto de la balanza de pagos, es importante evaluar las perspectivas de las importaciones y las exportaciones sobre la base de su desempeño del período y los determinantes que definen su probable evolución.

Hay un aspecto que a primera vista parece dar lugar a la idea de que estaríamos ante nuevas condiciones en las cuáles se habría superado los problemas históricos en el plano externo: el fuerte aumento de las exportaciones, y su peso creciente en el PIB. En 1998, las exportaciones de bienes y servicios representaron un 15% del consumo privado (10% en 1993); para 2006, el coeficiente superaba el 40%.

También iría en favor de esta idea el formidable salto logrado por la producción agraria. En la producción de granos, se superó en la campaña 2010/2011 los 100 millones de toneladas. Sin embargo, aunque todo el período mostró una tendencia creciente en la producción de granos (no así en el caso de la actividad ganadera), el ritmo pareció algo menor que el imperante durante los primeros tiempos de introducción de innovaciones. Entre 1989 y 2003, la producción de granos pasó de 37 millones de toneladas a 70 millones. El ritmo de crecimiento parece estar perdiendo vigor. De todos modos, estos niveles de producción garantizan amplios excedentes para la exportación, y no está dicho que la incorporación de nuevas innovaciones en biotecnología no puedan conducir a un nuevo salto productivo. Aunque el costo de las mismas parece ser un abandono de actividades que son fundamentales para el abastecimiento de alimentos básicos, pero que no ofrecen una perspectiva de rentabilidad equivalente, como es el caso de la ganadería o la producción lechera³. Por otra parte, la perspectiva que marcan varias innovaciones en biotecnología aún poco aplicadas es que se mantendrá fuerte el aumento de la productividad global, aumentando considerablemente la producción, y por eso es probable que la actual tendencia alcista de los precios pierda vigor a mediano plazo. Es importante considerar que, particularmente en el caso de las mercancías agrarias, se trata de bienes caracterizados por una elasticidad-ingreso comparativamente menor a la de otras mercancías. Es importante destacar que además, a medida que aumente el ingreso *per cápita* en los países asiáticos de mayor crecimiento, la perspectiva es que su demanda de *commodities* tienda a incrementarse relativamente menos. Por ello el ritmo de crecimiento de la demanda podría ralentizarse en los próximos lustros.

Esta tendencia puede de todos modos verse compensada con creces por el uso creciente de los granos para usos industriales, como es el caso de la producción de biodiesel. Aunque todo esto sugiere que estamos ante un escenario bastante abierto, será difícil que se produzca otro salto en el valor exportado como el registrado en años recientes. La perspectiva, entonces, por el lado de las exportaciones, no es la de un aumento sostenido en el valor exportado equivalente al de comienzos del siglo XX.

³ Para un análisis pormenorizado de las transformaciones agrarias recientes, ver Anino y Mercatante (2009).

El principal límite por el lado de las exportaciones viene dado por el hecho de que la canasta exportadora argentina permaneció altamente concentrada durante estos años. En el promedio de los últimos 5 años, las 10 primeras partidas representaron el 48% de todas las exportaciones argentinas, y las primeras 25 partidas agruparon al 66% de todas las ventas externas. Las primeras 100 partidas totalizaron más del 85% de las ventas del país. A la vez, de las primeras 100 partidas de mayores exportaciones, sólo 30 pertenecen a productos industriales, número que se reduce a 18 cuando evaluábamos cuáles pertenecen a las categorías de más alto valor agregado. La conclusión es que cerca del 85% de las exportaciones se concentra en bienes primarios, combustibles y manufacturas de bajo contenido tecnológico e intensivas en recursos naturales. La diversificación hacia bienes de mayor contenido tecnológico alcanza, fundamentalmente, a la industria automotriz y química, en el marco de estrategias intrafirma a nivel regional. También hay otras ramas, de mayor contenido tecnológico pero que producen a una escala muy baja.

Por el lado de las importaciones, en cambio, el panorama se muestra muy distinto. Con el alto nivel de crecimiento de la última década hay algunas muestras elocuentes de que la estructura productiva arrastra todas las consecuencias de la desintegración padecida desde mediados de los '70, incluso agravadas: la importación por habitante a precios constantes es hoy un 33% superior a lo que era en 1998⁴. La creciente apreciación cambiaria que se viene produciendo a causa de la inflación ha favorecido esta tendencia. Pero hay varios factores más estructurales que han impulsado el crecimiento de las importaciones. La recuperación de la producción industrial ha sido una de las causas principales, ya que esta se caracteriza por una fuerte demanda de insumos importados. La proporción de bienes intermedios no producidos localmente es particularmente elevada en algunas de las industrias que más han crecido, como la industria automotriz y las ramas electrónicas que son parte de los proyectos instalados en Tierra del Fuego. Pero la dependencia de insumos y componentes importados es un fenómeno mucho más extendido en todo el tejido productivo.

A pesar del contexto favorable, no hubo indicios durante estos años de un proceso de cambio estructural que pueda generar una mayor diversificación de la canasta exportadora y sustitución de importaciones de bienes tecnológicamente complejos.

Como es característico de la economía argentina, las importaciones han crecido más que las exportaciones al calor del crecimiento económico. La inflación, apreció el tipo de cambio, a tal punto que muchos empresarios enfrentan costos iguales o superiores a los de la

⁴ FERNÁNDEZ CANEDO, 2010.

producción extranjera lo cual alimenta las compras al exterior⁵. Por eso hoy, el superávit comercial – que en los mejores años de esta década supo tener picos de U\$S 20 mil millones – terminó en 2011 en U\$S 10.347 millones.

En los últimos años el kirchnerismo debió apelar a las más variadas maniobras de la mano del Secretario de Comercio Guillermo Moreno para poner límites al crecimiento importador. El aumento de las licencias no automáticas, los procedimientos de *dumping* y la prohibición de palabra a las importaciones, la exigencia de exportar por un monto equivalente a lo importado, y finalmente la exigencia de declaraciones juradas que deben ser aprobadas por Moreno para habilitar la exportación, fueron las principales medidas tomadas. El problema es que el margen que tiene el gobierno para frenar el ingreso de mercancías es limitado, dado que más del 70% de lo importado corresponde a bienes intermedios, medios de producción, piezas y accesorios. Un dato elocuente sobre la ausencia de transformaciones productivas significativas. Paralizarlas estas compras significaría trabar la producción local. Cada día son más fuertes los indicios de que el torniquete sobre las compras al exterior podría estar operando como fuerte freno a la economía nacional.

No es posible entonces proyectar a futuro la perspectiva de que se mantendrá un saldo comercial positivo de las magnitudes del que hemos visto durante estos años.

3.2. Elevada rentabilidad sin correlato en la inversión productiva

Un plano en el que los resultados no se condicen con las posibilidades creadas por el profundo ajuste de 2002 es el de la inversión. Los elevados niveles de crecimiento y la holgada situación externa, no estuvieron acompañados por un nivel general de inversión que mantuviera un ritmo de crecimiento acorde, y ayude a sostenerlos a mediano plazo.

Es importante distinguir distintos momentos. Desde 2002, el fuerte crecimiento tuvo como base las condiciones productivas legadas por la década previa, durante la cual había habido una cierta renovación de los equipos industriales, así como había aumentado la productividad industrial y el monto de capital por obrero. A esto se suma la capacidad ociosa que generaron cuatro años de recesión (1998-2001), producto de lo cual desde 2002 hubo un amplio margen para crecer con desembolsos de inversión muy bajos⁶. Para la cuestión que queremos analizar, es necesario dilucidar si, más allá de estas condiciones favorables de arranque, el desplazamiento de la restricción externa habilitó las condiciones para mantener el

⁵ Con la inflación creciente, en 2010 ya fueron varios los sectores para los cuales los precios locales eran iguales o más altos de los de los mismos productos traídos del exterior.

⁶ En 2002 la Tasa de Inversión en porcentaje del PIB fue del 11,3%. En 2004 sería del 17,7%.

crecimiento por la vía de una mayor tasa de acumulación.

La recuperación de la inversión fue bastante lenta, recién en 2005 superaría el 20% del PIB. Siguió creciendo en los años siguientes hasta alcanzar un techo en 2007 de 24% del PIB, para empezar a caer a finales del año siguiente y durante 2009, producto de la crisis internacional. En 2010 se invirtió 2,5% menos del PBI que en 2007. En 2011 superaría el nivel de 2007, alcanzando un 24,5% del PIB.

Los resultados tienen un aspecto ambivalente. Considerada en abstracto, esta participación de la inversión en el PIB no puede definirse como baja. Habiendo superado el nivel de 1998, la relación inversión/PIB es más elevada que todos los registros durante la convertibilidad: la relación inversión / PIB entre 1993 y 1999 rondó el 19%; entre 2003 y 2009 tuvo un promedio del 20,5%. Pero estos números nos muestran sólo una parte de la película. En el período 2002/2006 la proporción de equipos y maquinaria por obrero fue menor que en la década de la convertibilidad. Hasta 2006, cuando se interrumpe la serie elaborada por el INDEC, ésta era menor que en los noventa. Hay que tener en cuenta que es uno de los años de mayor inversión como porcentaje del PIB de la década, y sin embargo, como muestra la relación con la fuerza de trabajo ocupada, el crecimiento seguía siendo en gran medida extensivo. Es decir, intensivo en mano de obra y no en capital.

Un análisis más pormenorizado sobre la composición de la inversión, muestra una evolución similar durante la década de la convertibilidad y la actual: durante el período de crecimiento, la inversión en maquinaria y equipo representó un 40% del total invertido, para caer durante la crisis a 30% del total. En comparación, la inversión en equipos durables en los EEUU promedió hasta la crisis de 2008 el 56%⁷.

En el caso de la importación de bienes de capital, que según el INDEC representan alrededor de un 60% de la formación anual de capital en equipo durable, el año 2007 fue el primero de la última década en que ésta superó los niveles de 1998, como lo haría los dos años siguientes.

Pero el dato más saliente, de especial relevancia para evaluar las perspectivas de crecimiento a largo plazo, es el cambio en la composición de la IBIF, producto del crecimiento de la inversión pública. Entre 2003 y 2010, ésta vio aumentar 3,4 veces su participación en el PIB, pasando del 1,3% en 2003 al 4,35% en 2010⁸. Como resultado de este crecimiento, del cual la inversión privada no se mantuvo a la par, la inversión pública pasó de

⁷ SÁNCHEZ y BUTLER, 2007, p. 11.

⁸ “La inversión pública 2003-2010. Una Herramienta para el desarrollo”, presentación del Ministerio de Economía y Finanzas de la Nación Argentina, junio 2011.

representar el 9% de la IBIF en 2003 al 20% en 2010⁹. Dejando a un lado toda evaluación sobre la calidad de esta inversión pública, el hecho de que esta haya pasado a representar un quinto de la inversión sin que esta represente a su vez un porcentaje particularmente elevado del PIB (22% en 2010), sugiere un retraimiento de la inversión privada. También es de señalar el peso elevado de la construcción (tanto privada como de obras públicas) en la inversión.

Aún con los límites que ya pone de relieve sobre la evolución de la inversión, el análisis de la relación Inversión/PIB y la relación entre obreros ocupados y el stock de medios de producción, con los cuales se suele tratar la evolución de la inversión, son una medida muy parcial de la evolución de la inversión. Tienen gran utilidad para analizar los cuellos de botella que puedan plantearse al crecimiento, pero también el enorme límite de no vincular evolución de la inversión a su fuente, la ganancia del capital, como sí lo hace el concepto de tasa de acumulación.

Como ya hemos planteado, un elemento característico de las condiciones de la economía argentina pos devaluación es el enorme salto que ha registrado la rentabilidad capitalista. El mismo está íntimamente asociado a la caída de los salarios producto de la devaluación, así como a las conquistas en términos de productividad logradas en la década previa, gracias a la modernización de los medios de producción registrada en varias ramas y la flexibilización de la fuerza de trabajo¹⁰. Producto de esto, el actual nivel de la relación entre la evolución de la productividad del trabajo y la de las remuneraciones, que es una aproximación de la evolución de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, es muy elevada en términos históricos. Esto lo ilustra la evolución de la participación de la remuneración del capital en el ingreso generado que parece haber conquistado un nuevo piso en la última década.

El último período puso en evidencia una distancia entre la evolución de la rentabilidad del capital y la que tuvo la inversión, en un contexto macroeconómico que generó condiciones favorables para la acumulación de capital en los sectores productores de bienes. Aunque esta última fue aumentando en relación al PIB a medida que el ciclo se fue asentando, se registra sin embargo un bajo nivel de reinversión de utilidades cuando se las pone en correlación con las altas tasas de ganancia del período.

Si tomamos el universo de las 500 empresas más grandes relevadas por el Indec en la Encuesta Nacional de Grandes Empresas (ENGE), durante el período 2002-2005 la inversión neta de esta muestra de grandes compañías fue negativa; es decir que la inversión bruta fue

⁹ op. cit.

¹⁰ Para un análisis sobre las causas del aumento de la tasa de ganancia registrada en los últimos años, ver Michelena (2010).

insuficiente para mantener el acervo de capital preexistente. Aunque la reactivación de la economía argentina implicó un aumento de la demanda tanto por el crecimiento del mercado interno como por la fuerte demanda internacional, ésta fue afrontada aumentando el uso de la capacidad instalada, que como ya indicamos luego de la crisis de la convertibilidad estaba en niveles muy bajos. A pesar del fuerte salto de la rentabilidad no se expandió rápidamente la capacidad instalada para aumentar la producción como habría podido esperarse en un contexto de demanda global creciente.

Sólo en 2006, cuando comienzan a agotarse las posibilidades de responder a la reactivación de la economía con un mayor grado de utilización de la capacidad instalada, la inversión neta de este grupo de empresas alcanza niveles positivos. Sin embargo, a pesar de esto, la tasa de acumulación, medida por la relación entre las inversiones netas y las ganancias netas muestra una brecha que se mantuvo: el volumen de utilidades netas se mantuvo muy por encima de la formación neta de capital. La tasa de reinversión de utilidades para este grupo de grandes empresas fue, en promedio, de 15 por ciento entre 2005 y 2009¹¹.

Los datos que se disponen respecto del accionar de las pequeñas y medianas empresas, muestra una conducta similar. Los datos relevados en MAPA PyME, elaborado por la Subsecretaría de la Pequeña y Mediana Empresa, muestran que en el período 2003-2006, el 52% de las firmas no realizó ninguna inversión, el 14% invirtió sólo una vez, y sólo el 34% lo hizo más de una vez. Sin embargo, otros datos relevados por la misma subsecretaría destacan que en el sector industrial la proporción de empresas que invierten duplica a las del sector comercial. Los datos relevados por el Observatorio Pyme entre 2003 y 2008, muestran que la proporción de empresas que invirtieron cada año se mantuvo con pocas variaciones significativas, alrededor del 50% del total (algo más de 400 empresas relevadas anualmente). Llamativamente, los años donde la mayor cantidad de firmas realizó inversiones (54%) fueron 2004 y 2005 y se ve una ligera tendencia a la baja a partir del año siguiente. Es de destacar que la incertidumbre macroeconómica ocupa el primer puesto como causal de la no inversión tanto en 2007 como en 2008, lo cual sugiere que la inversión de este grupo es muy sensible a las condiciones macroeconómicas favorables, que vienen agotándose.

Sin embargo, a pesar de estas similitudes de comportamiento, es de notar que la inversión privada de conjunto muestra, al igual que la pública, un crecimiento mayor que el de las grandes empresas. Este dato no debe ser subestimado, ya que el valor agregado por este grupo de empresas representaba en el año 2010 un 23,2% del valor agregado total del país;

¹¹ Según datos de la *Encuesta Nacional a las Grandes Empresas* (ENGE) publicada por el INDEC (diciembre de 2011).

mientras que si sólo consideramos el valor agregado en los sectores relevados por la ENGE, esta proporción aumenta al 32,9%¹². La persistencia de una tasa de inversión retraída en el conjunto de las empresas líderes, echa sombra sobre la posibilidad de mantener un ritmo elevado de crecimiento.

Aunque los números globales muestren que se alcanzó – aunque tardíamente – una relación inversión/PIB que es en términos históricos elevada, esta no se condice con las condiciones excepcionales que, tanto para el oficialismo como para la oposición patronal, existirían hoy para el despegue de la economía argentina.

Lo notorio es que el ahorro interno se ha mantenido durante todo el período pos convertibilidad por encima de la inversión (ver figura 1). Esto es algo que no ha ocurrido por un período tan prolongado como el actual en ningún momento de los últimos 50 años. Esto se debe a que el ahorro público ha crecido a niveles históricamente muy elevados, y el privado también ha aumentado aunque en una proporción menor. A partir del pico de 2006-2007, los coeficientes de ahorro corriente tanto público como privado se reducen. En el caso del sector público la caída es marcada. La tasa de ahorro interno total sufre una caída de unos tres puntos porcentuales del producto. Pero a pesar de ello la misma aún se encuentra en niveles históricamente altos (23,5% del PBI en 2009).

Algunos investigadores han caracterizado esta situación con el término de “reticencia inversora”¹³. Aunque es una definición adecuada para describir el accionar empresario, no permite profundizar en cuáles son los fundamentos por los cuáles los empresarios toleraron durante estos años el elevado “costo de oportunidad” de no aprovechar las oportunidades creadas por el ajuste (fiscal, externo, de costos salariales) que representó la “mega” devaluación de 2002 para realizar elevadas ganancias. Esto es clave porque en esta conducta se ponen de relieve regularidades que larga data en la economía argentina, que han seguido manifestándose en este ciclo de crecimiento iniciado a fines de 2002, aunque el mismo haya transcurrido en condiciones a todas luces excepcionales, tanto externas como locales. Regularidades que ponen coto a la perspectiva de que el crecimiento de estos últimos años se sostenga en el mediano plazo.

El discurso empresario culpa de la baja inversión a la “falta de seguridad jurídica” o a la “intervención estatal”, especialmente en sectores como la energía o combustibles, con tarifas reguladas. Sin embargo, esto no resulta convincente. El intervencionismo estatal, en tanto no atente contra la rentabilidad empresaria, aun cuando pueda ponerle algún coto en

¹² Idem.

¹³ MANZANELLI, 2011.

algunos sectores a los fines de crear condiciones para que se mantenga en el tiempo para el conjunto de los capitales, en ningún modo es incompatible con altas tasas de acumulación.

¿Cómo se explica, entonces, esta conducta empresaria? Un estudio sobre la inversión en la Argentina y las limitaciones que afronta¹⁴, señala la estrecha correlación que se registra entre los fondos propios disponibles por las firmas y la inversión. Estos autores comparan la evolución del ahorro privado corregido por la inflación, y muestran que éste tiende a moverse de manera conjunta con la inversión: cuando existe mayor disponibilidad de fondos de ahorro privado, la inversión privada aumenta. Frente a la probable objeción de que el co-movimiento positivo entre ahorro e inversión privados no implica necesariamente un alto grado de autofinanciamiento de la inversión, ya que esta correlación sólo muestra el comportamiento del sector privado como un todo y un segmento del sector privado podría estar ahorrando para financiar a otro segmento de ese mismo sector que está invirtiendo, señalan correctamente que

[...] para que tal situación se produzca, sería necesaria la existencia de un sistema financiero con alta capacidad para mediar entre los sectores que ahorran y los que invierten. Este claramente no es el caso de la Argentina de los dos mil, donde el crédito bancario es apenas superior al 10% del PBI y los mercados de capital son de tamaño mínimo¹⁵.

Efectivamente, el limitado tamaño y la precariedad del sistema crediticio convierten a los fondos propios de las firmas en la fuente principal de la acumulación, cuando lo usual es que las inversiones sean financiadas eminentemente recurriendo a crédito, y que sólo se comprometa una parte pequeña de los fondos de las firmas. Pero de esto no debe concluirse que la inversión ha encontrado un techo en el ahorro interno. Es necesario notar, como los autores de este trabajo reconocen, que una masa de recursos que podrían haberse destinado a la inversión, engrosaron el ahorro externo negativo. Efectivamente, este flujo se mantuvo en niveles negativos bastante significativos durante todo el período, marcando un rasgo estructural de la economía argentina que ha permanecido invariable: “una marcada correlación negativa entre el coeficiente de ahorro interno y el externo”¹⁶. La única excepción a esta correlación es el período recesivo que se inicia en 1998, durante el cual tanto el ahorro interno como el externo caen de manera persistente. Esto significa, entonces, que “el ahorro del país financió no sólo la inversión productiva sino, también, la acumulación de riqueza en el exterior”¹⁷. Dicho de otra forma, los recursos globales de las firmas que podrían haber sido

¹⁴ FANELLI et. al., 2010.

¹⁵ op. cit., p. 17.

¹⁶ op. cit., p. 16

¹⁷ op. cit.

utilizados para la inversión fueron superiores a los que efectivamente fueron puestos en juego. Una parte de los mismos ha constituido el flujo de ahorro externo. En el caso de las firmas extranjeras, es notorio el hecho de que la remesa de utilidades ha duplicado durante la última década la proporción respecto del PIB que tuvo en la década anterior, pasando del 1% del PIB al 2%.

Lo que vemos, entonces, es que las grandes empresas nacionales y extranjeras han realizado una masa de ganancias superior a la que estaban dispuestas a invertir. Una parte importante de dichas ganancias, tuvieron como destino alternativo a la inversión productiva en el país, la adquisición de divisas que fueron sacadas del país. También se destinaron a la disminución en los niveles de endeudamiento neto.

A pesar de que la inversión ha sido elevada en términos de PBI, se podrían haber puesto en juego recursos superiores, que en cambio se destinaron a la exportación de capital. El crecimiento de la economía fue sólo un tercio del crecimiento de las exportaciones, o sea que generó una demanda de divisas para la importación (insumos, maquinarias) que no agotó los ingresos netos de dólares. Es decir que comparada con la masa de recursos económicos disponibles para la acumulación, se pone así de manifiesto su carácter limitado, no sólo desde el punto de vista cualitativo (modernización tecnológica, aumento de la productividad) sino también cuantitativo.

Las raíces de este peculiar comportamiento debemos hallarlas en las condiciones estructurales de la economía argentina, caracterizada por una productividad industrial media muy inferior a los estándares internacionales y que sólo ofrece condiciones de rentabilidad extraordinaria en los sectores asociados a la agroindustria y sectores asociados, fuera de algunas grandes factorías creadas al calor de la ayuda oficial.

La convergencia de una elevada tasa de ganancias (figura 2) con una elevada disponibilidad de divisas no llevó a una ampliación considerable en la acumulación del capital, sino a una dilapidación del plusproducto social. La clase capitalista logró un aumento de la parte que se apropia del ingreso nacional, pero sin generar condiciones propicias para realizar una inversión rentable equivalente a dicha mejora, aún en un contexto excepcional¹⁸.

3.3. ¿Reindustrialización?

Una clara consecuencia de estas condiciones de la inversión, son las escasas transformaciones estructurales que se pueden ver. Tanto si observamos el perfil exportador,

¹⁸ Para un estudio pormenorizado de las determinaciones que traban la acumulación de capital en la Argentina, ver Mercatante (2012).

como la estructura productiva, podemos verificar estas regularidades.

Respecto de los rubros del comercio, los rubros de mayor crecimiento son las Manufacturas de Origen agropecuario (15% anual) y las Manufacturas de Origen industrial (un 14% anual). Las exportaciones de productos primarios promediaron un crecimiento del 8% anual.

En el primer caso, los rubros más importantes son aceites vegetales, lácteos, carnes y frutas. En el caso de las MOI, los principales rubros dinámicos han sido el acero, aluminio, materias plásticas, químicos, industria papelera. Fue a partir de 2005 que las exportaciones MOI pasaron a ser el rubro comparativamente más dinámico. En esto jugó un fuerte rol la recuperación del mercado brasileño desde 2004, la redefinición de la estrategia de abastecimiento en América en el caso del sector automotor (con mayor peso de México y Chile como destinos de exportaciones) y el alza de precios en las commodities industriales. La industria siderúrgica, por su parte, amplió y concentró su capacidad productiva y logró aumentar su penetración en el mercado norteamericano.

Otro sectores de crecimiento industrial considerable fueron los minerales no metálicos ligados a la industria de la construcción (producción de cemento, vidrio, etcétera), la metalmecánica (maquinas y herramientas, fabricación de equipos y aparatos de radio, televisión y comunicaciones, entre otros) y los productos textiles. Más atrás se encuentran la edición e impresión y la producción de caucho y plástico.

El dinamismo de las MOI podría llevar a conclusiones engañosas. Dentro de este rubro hay muchas producciones de escaso valor agregado: minerales a los que se les aplican algunos procesos, y por eso califican como MOI aunque se exportan casi en bruto; aceites esenciales de limón, y montones de casos similares.

A pesar de que se registraron algunos cambios entre los rubros más dinámicos de exportación, no se registraron alteraciones cualitativas en la estructura general durante el período. Las exportaciones permanecieron concentradas en los bienes primarios y algunas commodities industriales. El análisis desagregado muestra que una decena de productos representan más del 40% de las exportaciones, y la mayoría de ellos requieren poca elaboración, siendo mercancías agrarias o MOA.

El modelo "reindustrializador" de los Kirchner, tiene como saldo para mostrar luego de 8 años, una industria cuya producción representa hoy una proporción menor de la economía nacional (el 17% del Producto Interno Bruto, PIB) que lo que era en los '90 en promedio (19% del PIB). Desde 2003 en adelante, es decir, desde el momento en que Néstor Kirchner llegó a la presidencia, la industria dejó de ganar el peso en la economía que había

recuperado luego de la devaluación. Siguió creciendo, pero a igual o menor ritmo que el resto de la economía. Aunque acá pesa el boom de precios y volúmenes del agro, también se asocia, como sostiene Martín Schorr (2011), a “la relativamente baja inversión respecto a las altas ganancias de las grandes empresas, en particular entre 2004 y 2007, cuando la rentabilidad sobre ventas de los oligopolios líderes osciló entre el 14% y el 19% (niveles holgadamente superiores a los de la convertibilidad)”¹⁹. Esto nos remite nuevamente a que las altas ganancias van acompañadas de una baja acumulación, lo cual significa que el capitalismo local no sólo se sostiene en base a una elevada tasa de explotación que tiene como base la precarización de la fuerza de trabajo para mantener los salarios planchados (en términos reales hay poca recuperación desde 2001, aunque el consumo a crédito permita tapanlo por el momento), sino que ni siquiera es capaz de convertir esto en una fuente que eleve significativamente las capacidades productivas.

También vemos una estrecha correlación entre el crecimiento de la industria y el crecimiento de la exportación industrial, lo cual es importante para mostrar otro rasgo de la economía Argentina durante estos años bajo los gobiernos “neodesarrollistas”: “se fortaleció un perfil exportador muy volcado a la explotación de recursos naturales y la armadura automotriz”²⁰. Esta industria creció un 381% entre los años 2002 y 2010. En 2007 las terminales automotrices superaban los índices de producción de una década atrás (del año 1997), pero lo hacían con una menor contratación de trabajadores. Sin embargo, la gran dinámica de la industria automotriz actúa como contratendencia a la generación de superávit comercial por la necesidad de importar gran parte de los componentes de los automóviles ante la ausencia de un desarrollo suficiente de proveedores locales de autopartes para las necesidades de la industria. La orientación de la industria automotriz está cada vez más vinculada a las exportaciones y el abastecimiento del mercado local ocupa un lugar subordinado, limitado por su extensión menor en relación al mercado brasileño.

Hay un dato aún más dramático: por cada vehículo que sale de las terminales locales, se importan autopartes por casi 15.800 dólares. Este dato, lo obtienen de dividir el monto de las importaciones sectoriales durante los primeros seis meses del año (US\$ 6186 millones), por las unidades producidas durante dicho período (392.298 vehículos). Por supuesto, no todos los componentes importados ingresan a la producción, ya que una parte de lo importado se dirige a los comercios de repuestos. Sin embargo, considerando la explosión que tuvo el volumen importado (US\$ 12.200 por auto en 2010, US\$ 11 mil por auto en promedio en los 6

¹⁹ SCHORR (2011).

²⁰ op. cit.

años anteriores, y US\$ 15.800 hoy) se puede ver cómo el volumen de importaciones está estrechamente asociado al de la producción. Cuantos más autos se producen, más se importa por auto producido, poniendo de relieve las consecuencias del desguace de la industria local durante las décadas previas, que hacen que no haya autopartistas locales para proveer a las terminales. Algo que no ha sido revertido durante estos años, sino todo lo contrario.

“Armaduría” es un término que podría extenderse a otras áreas de la industria argentina. Entre ellas, las promociones industriales que se actualizaron en estos años, para incluir nuevos productos como celulares y notebooks, cuyo componente importado alcanza proporciones altísimas, siendo casi nulas las piezas manufacturadas localmente.

4. El agotamiento del esquema y el intervencionismo K

Desde la devaluación, podemos distinguir tres períodos con sus particularidades: 2002/2005 es el período de crecimiento “fácil”; 2006/2007 comienza a registrarse la aparición de distintos desequilibrios; desde 2008 hasta hoy estos desequilibrios tienden a profundizarse, aunque la recesión global de 2008/09, y el auge posterior en los precios de los commodities hayan permitido convivir con dificultades crecientes.

La expresión más profunda de los desequilibrios es la inflación. Las raíces de este proceso se encuentran en la propia devaluación. Aunque las condiciones de debilidad del movimiento obrero en el pico de la crisis de 2001, la austeridad fiscal de los primeros tiempos pos devaluación y la reducción de márgenes del comercio interior contuvieron las presiones durante algún tiempo, a partir de 2004 comenzaron los ajustes de precios, de servicios comercio, aparte de las exigencias de recomposición salarial.

Como explican las teorías sobre la inflación estructural²¹, esto ha generado un proceso de ajustes sucesivos, que empalmando con una tendencia inflacionaria de los alimentos a escala internacional, y ciertas dificultades sectoriales para responder a la demanda (cada vez más generalizadas por lo limitado del proceso inversor como ya hemos descrito) explican una inflación cuya raíz central está en los costos, y agudizada por excesos de demanda.

La inflación viene generando una tensión entre rentabilidad y competitividad para el capital que se valoriza en el país. La rentabilidad aún sigue en niveles superiores a los de 2001 pero cayó respecto de los mejores años pos convertibilidad. En un contexto donde un

²¹ OLIVERA, 1967.

conjunto de factores dispararon una tendencia alcista en los costos, los capitalistas pueden sacar provecho de la inflación subiendo los precios para mantener sus márgenes; pero esto mina la competitividad, tanto para los exportadores como para la relación entre producción importada y nacional en el consumo interno. En estas condiciones, a las limitaciones estructurales para la inversión se le suma la acumulación de dificultades que trae la suba de precios, agravada por la inexistencia de políticas para atacarla²².

Fueron los comienzos de estas condiciones las que motivaron la aparición de algunos aspectos de mayor intervención estatal, que en el discurso actual se presentan como el “modelo”. Pero esta es una gran impostura, ya que los años de mayor crecimiento económico, del empleo, e incluso de recomposición salarial, se caracterizaron más bien por una política económica administrar los pilares ya mencionados – el crecimiento del “excedente de explotación” privado, el excedente externo, y el excedente fiscal – con intervención estatal limitada. La holgura que trajo el ajuste de 2002, sumada a la vigencia de la legislación laboral flexibilizadora, y la perduración de los efectos de las reestructuraciones e inversiones noventistas (que permitieron a muchos sectores crecer con poca inversión) fue lo que explicó el dinamismo y la posibilidad de sostener un elevado crecimiento por un período de duración prolongada sin que se expresaran severas limitaciones.

Esta política de intervención limitada no fue puesta en cuestión hasta que empezaron a emerger distintos síntomas de agotamiento. La creciente intervención del Estado, presentada ahora como “virtuosa”, fue en realidad una respuesta “defensiva” ante las contradicciones que empezaron a surgir en el crecimiento económico pos devaluación, allá por el 2006. A partir de entonces se empiezan a extender los acuerdos sectoriales de precios, en algunos casos acompañados de topes explícitos, de la mano de una “orientación” en las negociaciones salariales en paritarias, que se daba a través de la negociación del Sindicato de Camioneros, dirigido por el por ese entonces principal aliado de los Kirchner en el sindicalismo, Hugo Moyano, también al frente de la CGT. Lo negociado por este gremio actuaba como techo informal, al cual se ajustaban todos los gremios. Junto con eso, se intervino el INDEC, para presentar un registro de aumentos de precios muy inferior al que efectivamente estaba ocurriendo.

Esta motivación última es reveladora del carácter de clase del “regulacionismo” K. El

²² Existe algún discurso que pretende que negar la inflación y la destrucción de las estadísticas de precios del Indec es algo que sólo afecta a los fondos buitres, y que a los asalariados no les importaría la inflación mientras haya empleo y negociaciones salariales regulares. Pero lo cierto es que los empresarios y sus “intelectuales orgánicos” pueden elaborar sus propios datos; incluso pueden sacar provecho de la desinformación y lucrar con eso. Los asalariados no tienen esa posibilidad y son perjudicados cabalmente.

uso de fondos del Estado para subsidiar a distintos sectores del capital (una pata de lo que nosotros hemos definido como “bonapartismo fiscal”) busca solventar desde el Estado una cuota más elevada de plusvalía, por encima de la que los capitales beneficiados por el bonapartismo extraen a sus asalariados, redireccionando recursos de la renta agraria y otras fuentes. Aunque esto tenga como contracara algunos límites a los aumentos de precios o compense ajustes salariales que en algunos casos igualas a la tasa de inflación, y en ese sentido tenga un efecto “redistributivo” en relación con los asalariados (al menos en el sentido negativo de que la participación del salario en el ingreso no se deteriora producto del aumento de precios), el objetivo es operar una compensación a los capitalistas.

La idea de que el accionar del Estado pueda elevarse por sobre las determinaciones contradictorias de la acumulación capitalista – cuya expresión principal en la Argentina es la inflación – y corregirlas, no sólo es teóricamente falaz. Se está probando en la práctica la impotencia para manejar el desarrollo de estas contradicciones. Si durante los primeros años del gobierno de Kirchner el gobierno había acumulado importantes excedentes fiscales que le permitieron contar con amplia espalda para comenzar a aplicar subsidios, aún esta masa formidable de recursos se mostraría insuficiente con el transcurso del tiempo. Y, cuando los fuertes superávits fiscales empezaron a flaquear producto de siderales aumentos del gasto (cuyas partidas de mayor crecimiento fueron los subsidios a empresas y los pagos de deuda pública), aún estaba ahí la solvencia externa... hasta el año 2011. La posibilidad de seguir administrando las variables que evidencian un deterioro de la economía con los mismos mecanismos aplicados desde 2006 se viene mostrando cada vez más difícil por la situación del sector externo. Hasta hace dos años el superávit comercial (conseguido desde 2002 gracias a un desplome de las importaciones y a un aumento de las exportaciones, en valores y en cantidades, gracias a la demanda asiática) había permitido durante todo el ciclo kirchnerista, afrontar un sistemático déficit en la cuenta capital del balance de pagos (debido a una fuga de capitales que nunca se detuvo del todo y conoció varios períodos de salidas muy elevadas) y en remesas de utilidades, y aún así acumular dólares. Pero esto se erosionó por el constante crecimiento de las importaciones, una evidencia flagrante de que no se revirtió la desarticulación de la economía durante estos años. En 2011 se ingresó en zona crítica, aunque hubo superávit comercial, éste fue muy inferior a lo proyectado, y no alcanzó para compensar la fuga de capitales, las remesas, y los pagos de deuda en dólares. El resultado fue una severa caída en las reservas, que en diciembre cayeron hasta 45 mil millones.

¿Qué implicancias tiene este cambio en la situación externa? Su efecto es restringir la fuente última para sostener el financiamiento en la economía nacional, especialmente del sector público pero eventualmente también del privado.

Para enfrentar esta situación, el gobierno ha salido a taponar las importaciones. La exigencia de declaraciones juradas para las importaciones ha permitido mejorar el saldo del comercio exterior, cuidando los dólares de la soja. El objetivo definido es superar con estas trabas un los U\$S 10 mil millones de superávit, meta que en setiembre parece ya lograda.

Pero el precio es lo que esto podría estar causando en la actividad económica. Por muy “heterodoxa” que se presente esta medida, no deja de ser una variante de política económica recesiva. Casi todos los sectores manufactureros, como ya señalamos, producen adquiriendo abundantes insumos y equipos en el exterior. Las restricciones a las importaciones tienen un impacto sobre estos sectores que se sintió en los primeros meses del año. Además del efecto directo sobre la producción que tiene la imposibilidad de traer insumos y equipos foráneos, esta política tiene como efecto poner en duda inversiones, muchas de las cuales dependen de importaciones en gran escala. Para sectores que sólo pueden seguir creciendo con nuevas inversiones las perspectivas se hacen más difíciles.

Este nuevo sesgo recesivo de al menos un aspecto de la política económica, se sumó el menor crecimiento de Brasil, para marcar un fuerte freno al crecimiento de la economía. La industria marcó un crecimiento del 2,6% en el primer trimestre del año frente a igual período de 2011, pero dentro de ella, la industria automotriz tuvo una caída de 4%. También el sector metalmecánico, la industria textil y los sectores de edición e impresión se muestran en caída. Otros sectores muestran aún algo de crecimiento, pero muy debilitado.

La depreciación creciente de la moneda en Brasil podría generar mayores complicaciones. Hasta ahora, el real apreciado fue lo que hizo soportable para el capital local el avance inflacionario. La inflación no sólo eleva los costos. Como la cotización del dólar el pesos viene moviéndose poco, el aumento acumulado de precios se tradujo en una revalorización del peso en relación al dólar (un dólar tiene mucho menos poder de compra en el país hoy que hace 8 años). Esto significa que el margen de competitividad de los capitales locales se ha ido restringiendo cada año. Esta restricción por el lado de la competitividad hace cada vez más complicado trasladar a los precios los aumentos de costos, lo que hemos definido como una contradicción creciente entre rentabilidad y competitividad. Contradicción que si se mantiene la depreciación del real se irá haciendo más aguda.

5. El círculo vicioso del capitalismo argentino

La Argentina ha atravesado una década de fuerte crecimiento en la cual no se presentaron los problemas recurrentes que de otros tiempos, principalmente por el lado del sector externo. No hay evidencia suficiente para afirmar que no vayan a presentarse en el futuro, pero aún hoy, con las dificultades que ya se vienen mostrando, no hay comparación con otros momentos de crisis.

Sin embargo, las condiciones más favorables del comienzo de la década tampoco se mantienen, y se puso sobre el tapete, por parte de distintos sectores empresarios, la necesidad de hacer algunos ajustes, a lo cual el gobierno viene respondiendo con su propia variante “heterodoxa”.

Las condiciones favorables que se manifestaron claramente durante los primeros años podrían haber sido aprovechadas para ampliar cualitativamente la acumulación productiva, esto no ha ocurrido. Una masa de recursos que podrían haberse aprovechado para esto alimentaron la salida de capitales, las remesas de utilidades de las empresas extranjeras – y los pagos de deuda pública.

Este es un resultado que hace a las determinaciones estructurales del capitalismo argentino, que está constituido como un capitalismo dependiente y semicolonial, sólo dinámico en el sector agrario e industrias vinculadas. La economía argentina muestra *relaciones de producción capitalistas plenamente desarrolladas como dependientes*. No sufre por la falta de desarrollo de las relaciones de producción capitalista, sino por el carácter *dependiente* que estas han adquirido. En estas condiciones, la burguesía argentina puede aprovechar más o menos las condiciones externas favorables, volcar recursos extraordinarios para incentivar a uno u otro sector productivo, pero no poner en cuestión el conjunto de las determinaciones que imponen este estatus de dependencia.

Resulta utópico esperar que el Estado nacional – cuya principal función es garantizar las condiciones de reproducción del capitalismo argentino – pueda “desde arriba” imponer otro patrón de desarrollo, a contramano de estas determinaciones. Conspiran en contra tanto por los límites de clase que impone a la política estatal una burguesía “nacional” integrada por mil lazos de forma subordinada al capital multinacional, como las restricciones fiscales y monetarias que se derivan de las condiciones estructurales de creación de valor y plusvalor en la esfera económica nacional, que analizamos más arriba. Sólo un ciclo extraordinario en los precios de los *commodities* agrarios, y un brutal ajuste como el de 2002, permitieron durante

un período prolongado poner en manos del Estado nacional una masa formidable de recursos excedentes, que fueron empeñadas en un (fallido) intento de mitigar los efectos de las contradicciones estructurales que desarrolló la economía especialmente a partir de 2006.

La conclusión es contundente: el capitalismo argentino impone enormes penurias a las clases subalternas, en la promesa de un desarrollo capitalista más elevado – en términos comparativos con otras naciones y no sólo en términos absolutos – cuya consecución no es más que una entelequia. La precarización laboral y la continuidad de una tendencia de largo plazo a degradar el valor de la fuerza de trabajo (valor que durante los años de bonanza económica de la última década tendió a recuperarse muy lentamente, y sólo para un sector de los trabajadores registrados) alimentan ganancias capitalistas que ni siquiera puede decirse que prometan ningún futuro de desarrollo cimentando la acumulación de capital. En los marcos de relaciones de producción capitalista, sólo podemos esperar algún ligero cambio de grado en los niveles de dependencia y de atraso relativo, y no un cambio sustantivo. Atacar de raíz este problema es plantearse la superación de este sistema social, única vía para cortar el nudo gordiano de la dependencia frente al imperialismo y reorganizar la economía sobre la base de relaciones sociales no regidas por el estrecho criterio de la ganancia. Primer paso para una transformación completa de las relaciones sociales que sólo puede alcanzarse a escala planetaria. Doblemente urgente es poner sobre el tapete esta perspectiva considerando la crisis mundial que sacude al mundo, que nuevamente nos muestra la patente realidad de la disyuntiva planteada por Rosa Luxemburgo: Socialismo o Barbarie.

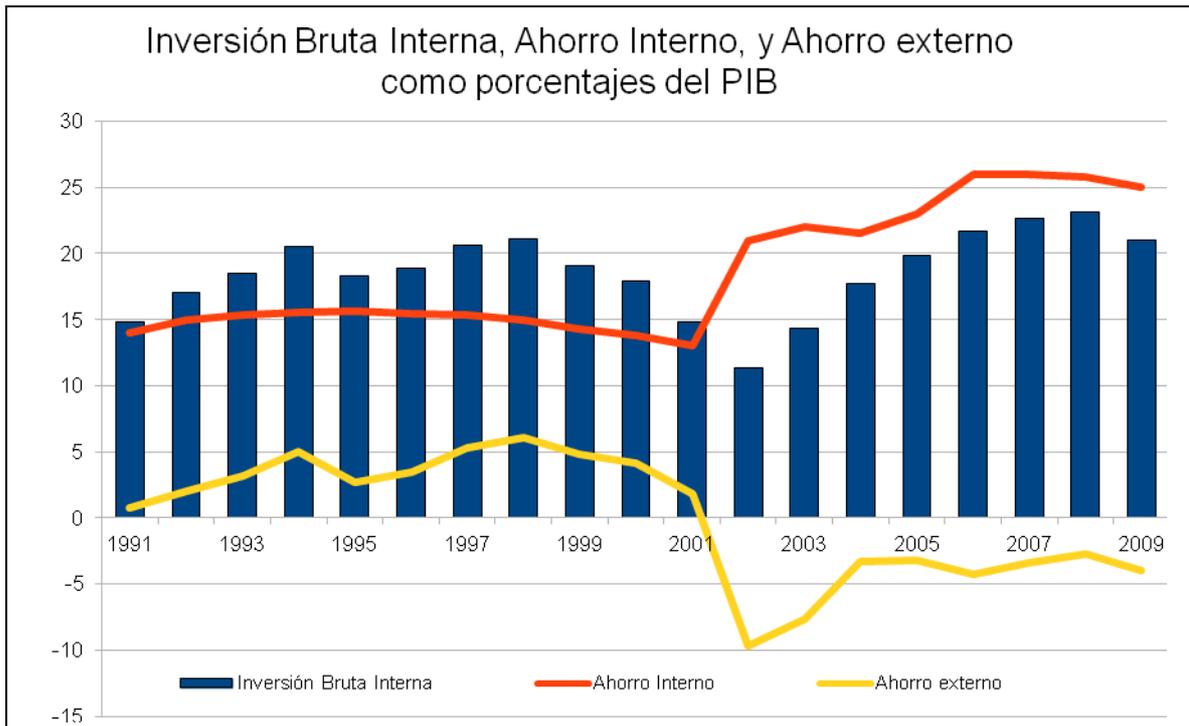


Figura 1. **Inversión Bruta Interna, Ahorro Interno y Ahorro Externo como porcentajes del PIB**
Fuente: elaboración propia en base a datos de Indec y MECON.

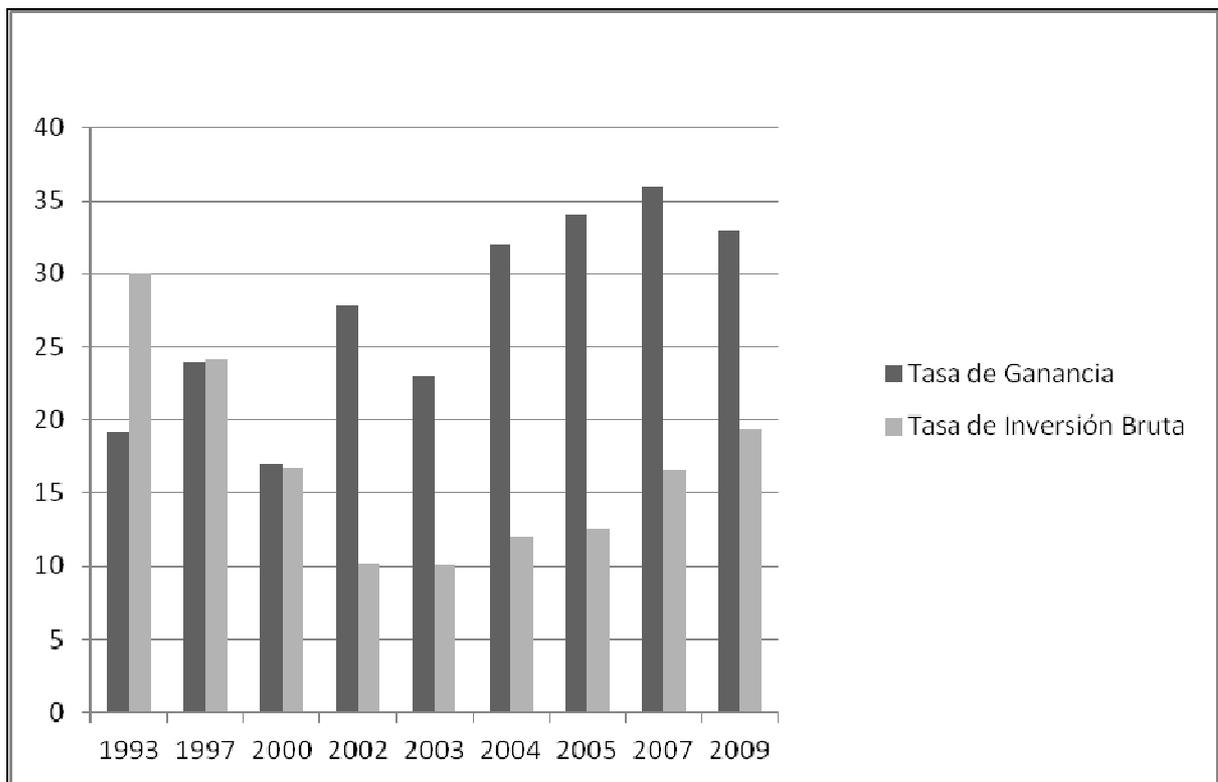


Figura 2. **Tasa de ganancia neta y Tasa de Inversión bruta de las 500 empresas más grandes del país (Ganancia total e Inversión bruta como porcentajes del valor agregado sectorial)**
Fuente: elaboración propia en base a información de la Encuesta Nacional a Grandes Empresas del INDEC.

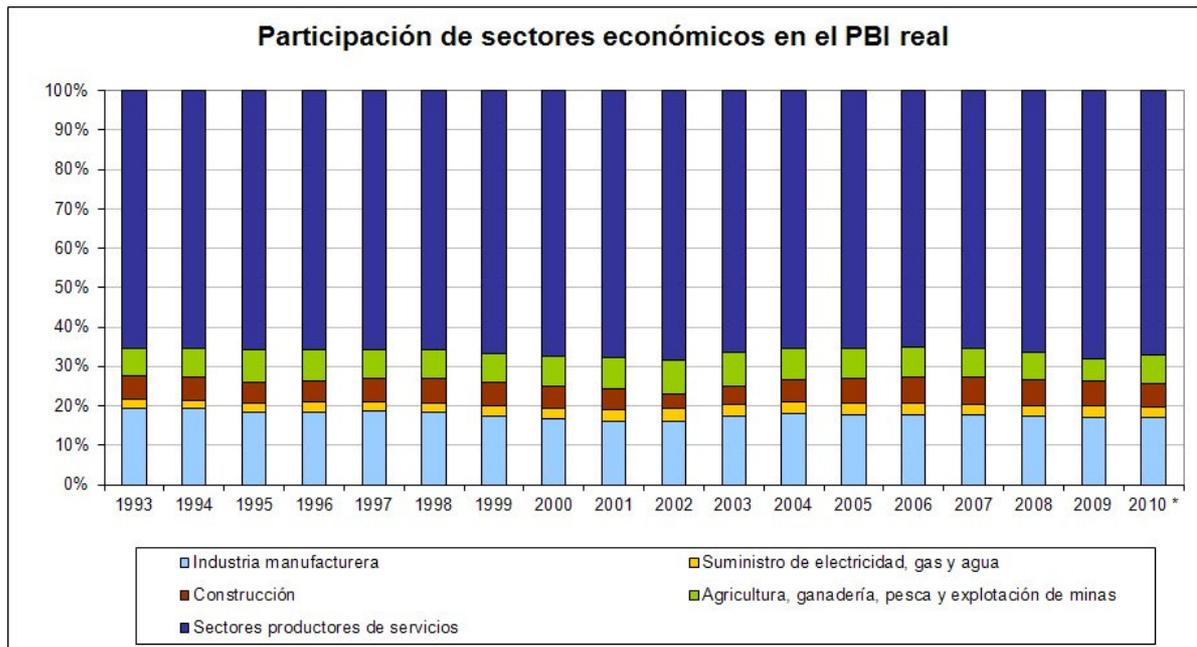


Figura 3. Participación de sectores económicos en el PBI real
Fuente: Mecon.

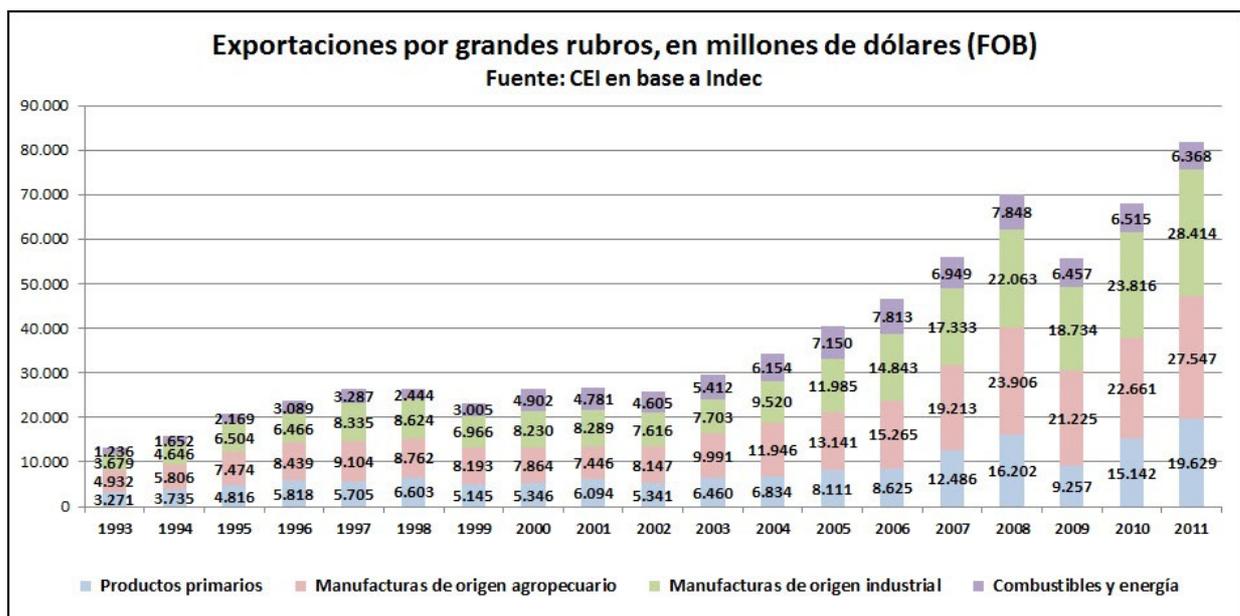


Figura 4. Exportaciones por grandes rubros, en millones de dólares (FOB)
Fuente: CEI en base a Indec.

Bibliografía

- ANINO, Pablo y MERCATANTE, Esteban. *Sutilezas metafísicas y reticencias teológicas*. Una polémica con Juan Iñigo Carrera. 2010. Disponible en: <<http://www.ips.org.ar>>. Acceso en: 2010.
- _____. Renta agraria y desarrollo capitalista en la Argentina. *Lucha de Clases*, Buenos Aires, n. 9, 2009.
- ASTARITA, Rolando. *Economía política de la dependencia y el subdesarrollo*. Tipo de cambio y renta agraria en la Argentina. Bernal, UNQ Editorial, 2010.
- BASUALDO, Eduardo. *Estudios de Historia Económica Argentina (desde mediados del siglo XX hasta la actualidad)*. Buenos Aires: Siglo XXI Editor, 2006.
- _____. *Sistema político y modelo de acumulación*. Tres ensayos sobre la Argentina actual. Buenos Aires: Editorial Cara o Ceca, 2011.
- BRODERSOHN, Mario (dir.). *Estrategias de industrialización para la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1970 [1966]. Trabajos presentados en la Conferencia sobre “Estrategias para el Sector Externo y Desarrollo Económico”.
- CANITROT, Adolfo. La experiencia populista de redistribución de ingresos. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n. 59, v. 15, p. 331-351, oct.-dic. 1975.
- CORNWALL, J. *Modern Capitalism: Its Growth and Transformations*. Oxford: Martin Robertson, 1977.
- DIAMAND, Marcelo. La estructura productiva desequilibrada y el tipo de cambio. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n. 45, v. 12, 1972.
- _____. *Doctrinas Económicas, desarrollo e independencia* – Economía para las estructuras productivas desequilibradas: caso argentino. Buenos Aires: Paidós, 1973.
- DÍAZ ALEJANDRO, Carlos. A note on the impact of devaluation and the redistributive effect. *Journal of Political Economy*, n. 6, dic. 1963.

_____. *Devaluación de la tasa de cambio en un país semiindustrializado*. La experiencia argentina 1955-1961. Buenos Aires: Editorial del Instituto Torcuato Di Tella, 1966a.

_____. Etapas de la industrialización argentina. In: BRODERSOHN, Mario (dir.). *Estrategias de industrialización para la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1970 [1966b]. p. 297-360.

DI TELLA, Torcuato. Criterios para una política de desarrollo industrial. In: BRODERSOHN, Mario (dir.). *Estrategias de industrialización para la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1970 [1966]. p. 433-465.

DI TELLA, Torcuato y HALPERÍN DONGHI, Tulio (comp.). *Los Fragmentos del Poder – De la oligarquía a la poliarquía argentina*. Buenos Aires: Ed. Jorge Alvarez, 1969.

FANELLI, José María et al. *Overcoming barriers to investment and financing in Argentina (Superando los obstáculos a la inversión y el financiamiento en la Argentina)*. Buenos Aires: CEDES-CENIT, sep. 2010.

FELIX, David. Structural Imbalances, Social Conflict, and Inflation: An Appraisal of Chile's Recent Anti-Inflationary Effort. *Economic Development and Cultural Change*, Chicago, n. 2, v. 8, ene. 1960.

_____. Más allá de la sustitución de las importaciones: un dilema latinoamericano. In: BRODERSOHN, Mario (dir.). *Estrategias de industrialización para la Argentina*. Buenos Aires: Editorial del Instituto, 1970 [1966]. p. 129-200.

FERNÁNDEZ CANEDO, Daniel. *El aumento de las importaciones, una estrella de la reactivación*. Buenos Aires: IEICO, 8 jul. 2010.

FERRER, Aldo. Devaluación, redistribución de ingresos y el proceso de desarticulación industrial en la Argentina. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n. 4, ene.-mar. 1963.

_____. La dependencia científica y tecnológica en el contexto internacional y sus implicaciones para la transferencia de tecnología. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n. 60, ene.-mar. 1976.

FERRER, Aldo et al. *Los planes de estabilización en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 1969.

HEYN, Iván et al. Con viento propio. *Cash*, suplemento de *Página/12*, 28 nov. 2010.

PORTO, Alberto. Un modelo simple sobre el comportamiento macroeconómico argentino en el corto plazo. *Desarrollo económico*, Buenos Aires, n. 59, oct.-dic. 1975.

KINDLEBERGER, C. *Europe's Postwar Growth – the role of Labour Supply*. Cambridge: Harvard University Press, 1967.

LÓPEZ, Rodrigo y SEVILLA, Emiliano. Los desafíos para sostener el crecimiento: El balance de pagos a través de los enfoques de la restricción externa. *Documento de trabajo n° 32*. Buenos Aires: CEFID-AR, 2010.

MANZANELLI, Pablo. Peculiaridades en el comportamiento de la formación de capital en las grandes empresas durante la posconvertibilidad. *Apuntes para el cambio*, Buenos Aires, año 1, n. 1, nov.-dic. 2011.

MARX, Karl. *El capital*. Buenos Aires: Siglo XXI editores, 1976. Tomo III.

MERCATANTE, Esteban. La Argentina, a 10 años de la salida de la convertibilidad: contradicciones recurrentes para la continuidad de la acumulación capitalista. Una mirada desde la teoría marxista. In: JORNADAS DE ECONOMÍA CRÍTICA, 5., 2012, Buenos Aires. *V Jornadas de Economía Crítica*. Buenos Aires, ago. 2012.

MICHELENA, Gabriel. La evolución de la tasa de ganancia en la Argentina (1960-2007): caída y recuperación”, *Realidad Económica*, Buenos Aires: IADE, n. 248, feb. 2010.

OLIVERA, Julio H.G. Aspectos Dinámicos de la Inflación Estructural. *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, n. 27, v. 7, 1967.

PREBISCH, Raúl. El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *Boletín Económico de América Latina*, Santiago de Chile, n. 1, v. 7, mayo 1949.

PREBISCH, Raúl. El falso dilema entre desarrollo económico y estabilidad monetaria. In: _____. *La obra de Prebisch en la CEPAL*. Selección de Adolfo Gurrieri. México: FCE, 1982 [1961].

_____. Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano. In: _____. *La obra de Prebisch en la CEPAL*. Selección de Adolfo Gurrieri. México: FCE, 1982 [1963].

SÁNCHEZ, Gabriel y BUTLER, Inés. *Inversión en Argentina: evolución reciente y perspectivas*. Buenos Aires: BID, 2007.

SHAIKH, Anwar. *Valor, acumulación y crisis*. Buenos Aires: Ediciones RyR, 2006.

_____. Los tipos de cambio reales y los movimientos internacionales de capital. In: GUERRERO, Diego et al. *Macroeconomía y crisis mundial*. Madrid: Editorial Trotta, 2000.

SCHORR, Martin. La ausencia de una política industrial de largo plazo. Más allá del dólar alto. *Le monde diplomatique*, Buenos Aires, n. 147, set. 2011.